



Mujeres en la memoria y en la historia de la educación ***(Women in memory and in the history of education)***

Consuelo FLECHA GARCÍA

Catedrática Emérita

Universidad de Sevilla

RESUMEN: En este artículo hago un recorrido por el itinerario de formación, académico e investigador que he realizado a lo largo de muchas décadas de mi vida, y del que aún no he querido desligarme y que ha estado centrado en un ámbito de conocimiento específico: la educación de las mujeres y su historia. Junto a otras profesoras dedicadas a esta misma temática, ha sido posible constatar el silencio que sobre las mujeres se materializó en la educación que experimentamos en nuestra época de estudiantes. Hoy, afortunadamente, las publicaciones son abundantes y los proyectos de investigación habituales sobre maestras y universitarias, sobre escuelas y colegios, sobre profesoras, inspectoras, autoras, etc. Y la docencia cuenta con resultados disponibles para ser transmitidos en las disciplinas históricas. No faltan docentes que así lo hacen, porque desean contar una historia más general, no solo masculina, y porque saben que conocer el pasado ayuda a entender mejor el presente.

PALABRAS CLAVE: historia; educación; mujeres; investigación; docencia; memoria biográfica

ABSTRACT: This article takes readers on a tour of my decades-long devotion as a student, teacher and academic to women's history and education. My own research and that of many others in the field highlight the silence that surrounded women in our student days. Fortunately, today research and publications on women teachers, lecturers, inspectors, writers and students, and all-women schools and colleges abound and are being taught to new generations. There is no shortage of teachers involved in this endeavour, teachers who wish to tell the full story, not just men's story, and who realise that understanding the past allows us to better understand the present.

KEYWORDS: history; education; women; research; teaching; biographical memory

1. Atraída por la educación

Al comenzar estas páginas sobre mi itinerario profesional vinculado a una de las opciones que ha ganado espacio en el campo histórico-educativo, la historia de la educación de las mujeres, el sentimiento que aflora es de satisfacción. Decidí pronto centrar la búsqueda y la reflexión en las modalidades, unas comunes con los hombres otras específicas por el hecho de ser mujeres, en las que participaron alumnas y profesoras. He tenido la suerte de implicarme en esta temática en un tiempo, últimas décadas del siglo XX y primeras del XXI, de rápida evolución de las dinámicas que han afectado a la población femenina.

Desde mediados de los años ochenta, con mayoría de alumnas en la universidad, con mujeres en un elenco más diversificado de profesiones y en el desempeño de altos cargos políticos, con gobiernos aprobando reformas legales para equiparar a mujeres y hombres en casi todos los ámbitos sociales. Un clima de creciente normalidad, a veces de aceptación resignada, acompañaba el protagonismo adquirido en tantos escenarios de

la vida ciudadana.

Acerté en mis estudios universitarios al elegir la especialidad de pedagogía, una de las secciones que, a finales de los años sesenta, formaba parte de la licenciatura en Filosofía y Letras. La buena experiencia educativa que había tenido en la enseñanza primaria y en el bachillerato despertó en mí el interés de saber más sobre la ciencia pedagógica. En la carrera -los dos cursos comunes en la Universidad de Deusto y la especialidad en la Universidad de Madrid-, las asignaturas de historia de la educación fueron de las que más llamaron mi atención. Con trayectorias y estilos muy diferentes, disfruté de las clases y seminarios impartidos por las profesoras Ángeles Galino Carrillo e Isabel Gutiérrez Zuluaga y por el profesor Julio Ruiz Berrio. Estudié, leí y creo aprendí mucho, sobre ideas y realizaciones en el campo de la pedagogía, de las instituciones de enseñanza y de la legislación educativa.

No sé si éramos entonces muy conscientes de que en todas aquellas propuestas no se contaba con nosotras. Ausencia que, después supe, se justificaba argumentando que la finalidad era formar a quienes iban a cubrir necesidades en la vida pública, un tipo de funciones impedidas a las mujeres cualquiera que fuera su posición social. Sí nos hablaron de varios pedagogos que habían escrito sobre educación femenina, San Jerónimo, Luis Vives, Tomás Moro o el ilustrado Feijoo. Y ya en el paso del siglo XIX al XX, solo la referencia a la italiana María Montessori, pues Ellen Parkhursts quedó escondida detrás del Método Dalton.

Que mi madre hubiera ampliado los estudios primarios al finalizar la escolaridad obligatoria a los doce años, de lo que está muy satisfecha, y que todas las profesoras de mi colegio tuvieran un título académico, algo especialmente valorado por las familias de las alumnas, me hacía pensar que no era lo habitual. Una idea previa que en la Facultad confirmé, erróneamente por supuesto, interpretando el silencio sobre la enseñanza femenina como inexistentes en la educación escolarizada. Seguí considerando una singularidad las maestras, y especialmente las licenciadas que yo conocía en aquel tiempo, incluso ya jubiladas, las cuales despertaron mi curiosidad sobre qué tipo de mujeres habían estudiado y desde cuándo lo hacían.

Me propuse remediar mi ignorancia sobre los antecedentes y pregunté. Las respuestas que me daban provocaron un quiebro en la idea sobre lo que había sido la educación de todas las mujeres en el pasado cercano, ese al que me permitía llegar mi percepción del tiempo. Descubrí una realidad acotada, pero con datos concretos, objetivos, testimoniales, a la vez que cargados de un simbolismo y de un sentido que me atraían.

2. Historia de la educación y más

Ahí quedó anclado un interés que se ponía en guardia ante cualquier indicio revelador durante los años previos a incorporarme a la docencia de historia de la educación en la Escuela universitaria de formación del profesorado de EGB en Cádiz. En el programa de la asignatura figuraban grandes temáticas y pocas especificaciones, era posible decidir sobre los contenidos a desarrollar. Como profesora novel, además de

orientarme con lo que recordaba de la carrera –habían transcurrido seis o siete años-, acudí a los manuales entonces más reconocidos para refrescar la memoria. En ellos encontré, en el elenco de innovaciones pedagógicas vinculadas al movimiento de la Escuela Nueva, junto a María Montessori, a Rosa y Carolina Agazzi, a Helen Parkhurst, a Ellen Key. Y de siglos anteriores, figuraban las coetáneas Albertine Necker y Madame de Stäel del XVIII-XIX, Madame de Maintenon, del XVII-XVIII, y alguna otra. Alegrándome de que existieran, pensé que era necesario incorporarlas al programa de docencia.

Además, gracias a las informaciones que en aquellos años se difundían sobre las Escuelas de Verano organizadas por el movimiento de renovación pedagógica Rosa Sensat, busqué datos sobre esta maestra, pues una parte de mis estudiantes sabían de esos Cursos y les interesaba conocer por qué había sido elegida. El alto porcentaje de alumnas en aulas que preparaban al futuro profesorado, se merecía figuras femeninas de buen hacer y de buen pensar la educación.

Como no me atreví a prescindir de ninguno de los puntos que tenía interiorizados como fundamentales, en la propuesta al alumnado, una parte de contenidos se trabajaba con toda la clase durante dos tercios del horario asignado, y la parte restante del tiempo, en grupos pequeños distribuyéndose el listado de nombres y el material que ponía a su disposición. Una experiencia que resultó muy positiva.

Llegó un momento en el que esas huellas visibles permitían augurar la hipótesis de que había mucho más esperando a que decidiéramos sacarlo a la luz. Desde este razonado supuesto inicié breves investigaciones sobre temas para los que tenía cerca fuentes primarias: los archivos de las Escuelas universitarias de formación del profesorado de Cádiz y de Sevilla, de la Universidad hispalense y el Municipal de Sevilla. Los expedientes de profesoras de Escuelas Normales, de maestras de las Escuelas prácticas anexas, de universitarias, confirmaron la hipótesis. Presenté resultados en Congresos y en algún artículo -era una inexperta ilusionada- que sirvieron para difundir los resultados obtenidos.

Empecé a relacionarme con otras profesoras que estaban investigando en diferentes aspectos de la historia de las mujeres, trabajos de los que emanaban informaciones ignoradas, algunas de ellas en el campo de la educación de las mujeres. De todas aprendía, no solo conocimientos, también criterios metodológicos, lo que me iba aconsejando introducir cambios en la asignatura.

Cada vez era más evidente la existencia de un pasado específico, una parte de la historia que nos era propia. Por ello, el acudir con convicción a los lugares que podían haber ocupado en la educación, como alumnas y como profesoras, a la memoria depositada en los archivos, contenida en la prensa, regulada en la legislación educativa, expresada en testimonios coetáneos; datos que ilusionaban por la certidumbre de inmediatez y de autenticidad que desprendían. Me ha dado muchísimas sorpresas acercarme con detenimiento

a las fuentes documentales, descubrir y poner en valor el significado de realidades educativas femeninas inadvertidas hasta entonces; relativas a procesos de enseñanza escolarizada o a la cultura y saberes fuera de la alfabetización.

De hecho, hablando del mundo occidental, la mayor parte de los hombres -por razones sociales- y casi todas las mujeres -por razones biológicas-, no han recibido esas competencias hasta hace poco más de un siglo. Pero sí disponían de un bagaje fruto de la experiencia transmitida por la generación anterior y compartida con la suya; un conjunto de nociones y de destrezas que requerían enseñanzas pacientes y aprendizajes laboriosos. Nada de esa cultura no académica, no letrada, ha formado parte de la historia de la educación, centrada en la enseñanza escolar, en las teorías de grandes pedagogos y en el modo de aplicarlas en las instituciones de enseñanza masculinas.

Distintas razones me llevaron a convertir las cuestiones relacionadas con la educación de las mujeres en prioritarias en investigaciones, docencia y otras actividades académicas y sociales. Una temática que conectaba con mis preferencias y voluntad de conocer las genealogías femeninas que nos han traído hasta aquí, además de contribuir a un modo de estar en la educación y en la sociedad que responda a criterios de justicia también con las mujeres y a su acceso libre a cualquiera de las oportunidades formativas disponibles.

Rehacer esas genealogías, una de las funciones de la historia, me ha permitido entender cómo se fueron tejiendo las experiencias educativas ofrecidas en cada periodo, qué recelos intervinieron para prescindir de la población femenina, qué justificaciones se dieron, cómo consiguieron subsistir en el paso del tiempo, qué voces se alzaron, de mujeres y de hombres, revelándose ante ese *statu quo*.

Ha coincido con años de ampliación de intereses en la investigación histórico-educativa, con deseo de detenerse en ideas y en prácticas de enseñanza dirigidas a distintos grupos sociales, y de incorporar los paradigmas de acercamiento que la ciencia general, y la histórica en particular, iba ofreciendo. Unas circunstancias que han marcado mi trayectoria y la de otras compañeras cercanas, las cuales han sido amigable estímulo en el camino investigador.

Aunque la tesis doctoral es una etapa importante del inicio en la investigación, no fue en mi caso un tema de historia ni de mujeres el que me ocupó. Me gustaba la historia, era a lo que me quería dedicar, pero motivos de coyuntura me llevaron a realizarla fuera de este campo.

3. La compañía de buenas redes

En el paso de los años setenta a los ochenta asistí a la resonancia en España del movimiento denominado *Women's Studies* que profesoras de diferentes países, universidades y áreas de conocimiento, estaban intentando introducir en su actividad académica.

Entre los motivos de atracción, factores sociológicos como la presencia creciente de alumnas y de profesoras en las universidades que se preguntaban por su lugar en la historia y en la ciencia, la nueva vitalidad de los movimientos de mujeres y del feminismo, o el apoyo a las investigaciones sobre temáticas centradas en las mujeres por parte de universidades norteamericanas; centros que se estaban beneficiando de la numerosa matrícula en los cursos ofertados con esos contenidos. Otros países se sumaron a la misma corriente, con ritmo y acciones más pausadas.

La historia fue pionera en el esfuerzo de incluir a las mujeres. En la década de los setenta, se organizó un curso en la Universidad de París de título provocativo: ¿Tienen historia las mujeres?, y otro en la Universidad de Oxford: ¿Existe una historia de las mujeres? Marcaron el comienzo de una colectiva toma de conciencia académica sobre la urgencia de actualizar la disciplina.

Lo que se mostraba ya como una realidad en Estados Unidos -con licenciaturas, cursos de postgrado, másteres y programas de doctorado-, y también en algunas europeas, hizo que la Comunidad Europea decidiera crear en 1988 un Banco de Datos sobre Estudios e Investigaciones Feministas en Europa y que, unos años después, organizara la *Primera Conferencia Europea de Estudios de la Mujer* con el título *Women's Studies Concept and Reality*".

Me vinculé enseguida a ese movimiento junto a otra profesora de historia de la educación, Pilar Ballarín Domingo, y poco a poco lo hicieron otras profesoras más jóvenes cuyo trabajo y publicaciones son evidencias inequívocas de la importancia adquirida. Situadas en nuestra área de conocimiento, queríamos contribuir al desarrollo de esta nueva línea, primero con investigación y después en la docencia. Integrar esa otra mitad del pasado ausente de la historia de la educación y, en consecuencia, impulsar una revisión crítica del habitual canon de referencia.

Estos contactos más plurales me abrieron a un mundo donde circulaban ideas renovadas y propuestas atrayentes, compartíamos informaciones sobre fuentes y bibliografía, orientaciones metodológicas específicas, organizábamos seminarios y jornadas interdisciplinares.

Como mi interés estaba en la historia de la educación, me propuse localizar obras que fueran el fruto de investigaciones sobre mujeres. En España me fue fácil encontrar la de Rosa Capel, publicada en 1982, *El trabajo y la educación de las mujeres en España, 1900-1930*, que mostraba en su segunda parte una realidad educativa femenina mucho más plural de lo que yo había imaginado. Ha sido un libro de cabecera para informaciones y fuentes, primarias y secundarias, que daban pistas seguras. En 1986 la investigación publicada por Geraldine M. Scanlon, *La polémica feminista en la España contemporánea, 1868-1974*, me introdujo en la interacción entre feminismo y cambios de las mujeres españolas, con especial incidencia en los educativos.

Dos aportaciones de referencia que la Sociedad Española de Historia de la Educación (SEDHE), muy atenta a lo que sucedía, reconoció y puso en valor al invitarlas a las conferencias de apertura y de clausura del VI Coloquio organizado en la Universidad de Santiago de Compostela.

Para saber de otros países, el primer libro fue el de Françoise Mayeur, historiadora de la educación francesa, publicado unos años antes, en 1977, *L'enseignement secondaire des jeunes filles sous la Troisième République*. Me ayudó mucho cuando investigué sobre mujeres en los estudios y en la docencia de bachillerato, aunque se trataba de modelos distintos. Con el libro de 1987, *L'éducation des filles au temps des Lumières*, de la historiadora francesa de la edad moderna Martine Sonnet, entendí algunas de las claves que explicaban lo sucedido en la educación de las mujeres casi un siglo después.

En la VII edición del *Congreso Internacional de la International Standing Conference for the History of Education* (ISCHE) celebrado en la Universidad de Salamanca en 1985, tuve la oportunidad de conocer a la profesora italiana Carmela Covato, de la Università della Sapienza de Roma, con la que coincidía en el interés por la educación de las mujeres. Me mantuve atenta a sus publicaciones, leyendo con más detenimiento la dedicada a *Sapere e pregiudizio. L'educazione delle donne fra '700 e '800*; y al coordinado por la profesora de la Università degli Studi di Firenze, Simonetta Ulivieri, titulado *Le bambine nella storia dell'educazione*; profesora a la que invité a la conferencia de apertura de un Congreso en el año 2004 y con la que he colaborado en diferentes iniciativas.

Del contexto anglosajón leí la obra de June Purvis, profesora de Historia de las Mujeres en Portsmouth University, *A history of women's education in England*. La perspectiva adoptada fueron las diferencias entre la educación de niñas y mujeres de la clase trabajadora y la de las clases medias; ambas condicionadas por los roles esperados de cada grupo, sobre todo en la Inglaterra victoriana.

Destaco estos libros sobre otros muchos que me nutrieron entonces, porque me proporcionaron argumentos convincentes de que la historia de la educación de las mujeres no era un tema marginal, sino que formaba parte de la dedicación académica de profesoras en diferentes países. Y, por lo tanto, merecía la pena contribuir a desarrollarla en España. Me resultaba sugerente el ángulo desde el que las autoras de estos libros inspiradores dirigían la mirada al objeto de observación; visiones coincidentes en los temas que habían investigado y dado forma antes de divulgarlos y exponerlos al debate.

La creación de los *Seminarios Interdisciplinares de Estudios de la Mujer* en cada universidad española, resultaron un apoyo colaborativo importante. Redes en torno a finalidades comunes, que no solo eran estímulo para tener en cuenta a la población femenina en la disciplina cultivada, sino para relacionarnos entre profesoras –solo pasados los años se incorporaron algunos profesores–, de un abanico de áreas científicas y de puntos de vista distintos; espacios para aprender y contrastar, de ideas y proyectos. Una valiosa red que nos aportaba el

beneficio de asomarnos al modo de trabajar en otros campos disciplinares.

Esta sociabilidad académica ha sido igualmente importante en nuestro ámbito de Historia de la educación donde, con capacidad de iniciativa, buen hacer y autonomía, hemos desarrollado, desde diferentes grupos, investigaciones, organizado actividades académicas e impulsado vocaciones a este campo del saber entre estudiantes.

Personalmente he contado, además, con el respaldo de mi departamento de Teoría e Historia de la educación y Pedagogía social, de las profesoras que formábamos el Seminario Interdisciplinar de Estudios de la Mujer, de entidades dependientes del Rectorado, de otras y otros colegas, no solo de la Universidad de Sevilla. Y de mi entorno personal caracterizado por el protagonismo de mujeres con estudios superiores, ejercicio profesional, autoridad reconocida y talante emprendedor, que han representado siempre un aliciente intelectual y una sensibilidad feminista. A todas estas generosas y cercanas compañías debo lo que he sido capaz de hacer.

La vida universitaria te da constantes oportunidades de relaciones académicas en congresos, comisiones, encuentros profesionales y científicos, tribunales de tesis doctorales y de oposiciones. Han sido para mí ocasiones magníficas para comentarios sobre el trabajo que realizo, la importancia que le concedo, la voluntad que me mueve de suscitar interés hacia el tema. Situaciones que he aprovechado para atraer la atención y difundir inquietudes y logros sobre educación de las mujeres, y para aprender de los observaciones, preguntas y sugerencias que recibía.

Han sido también momentos especiales de conexión con profesoras de historia y de historia de la educación con este mismo objetivo temático los viajes y estancias en otros países con motivo de intercambios entre universidades, de estancias como profesora invitada, de participación en congresos, proyectos de cooperación académica, reuniones con distintas finalidades. Gente muy valiosa que trabajaba y publicaba ya sobre esta historia en su país o que se ilusionaban con proyectos futuros. En ambos casos, eficaces respecto de cuestiones, metodologías y estrategias de divulgación que entendí particularmente útiles al propósito de consolidar esta especialidad de la historia de la educación.

Una materia que dispone de un objeto de conocimiento diferenciado y reconocido, forma parte de una disciplina construida por una comunidad académica, nacional e internacional, profesionalmente cualificada, y con una actividad creciente: proyectos de investigación financiados, celebración de congresos, jornadas, seminarios, docencia en grados y postgrados, publicaciones, etc. Una variedad de realizaciones donde historia, educación y mujeres han sido indicadores específicos. El compromiso asumido lo ha hecho posible en círculos muy plurales, donde, sin coincidir siempre en objetivos concretos o en planteamientos, han sido oportunidades

de contraste y de aprendizaje.

4. La educación de las mujeres en la historia

En diferentes publicaciones he ido haciendo balance de por qué y cómo la historia de la educación de las mujeres se ha ido abriendo paso en el mundo académico¹. Igualmente lo han hecho, con acierto y apoyadas en fundamentadas evidencias, profesoras de la disciplina que han querido dejar constancia del avance de esta historia durante al menos cuatro décadas en España y en Latinoamérica². Hemos tenido la voluntad de describir el proceso vivido y los trabajos publicados, algunos abarcando no solo España sino además otros países. Dejan constancia de los sucesivos pasos dados en el diseño y en el avance de unas trayectorias formativas que se ha afianzado como saber histórico-educativo. En estas páginas intento entrelazar algunos de esos pasos en lo que podría llamarse una biografía académica, si bien en su acepción más modesta.

Las profesoras de mi generación hemos tenido la suerte, ya lo he señalado, de que nuestro interés por la

¹ Flecha García, Consuelo (2003): "A historia da educación das mulleres no contexto dos "Estudios das Mulleres", *Sarmiento. Anuario Galego de Historia da Educación*, 7, pp. 7-34. (2003): "La historia de la educación de las mujeres como campo de investigación", en VV.AA.: *Etnohistoria de la Escuela*, Burgos, Publ. Universidad de Burgos, pp. 977-990. (2004). Las mujeres en la Historia de la Educación. XXI. *Revista de Educación*, 6, pp. 21-34. (2007). Historia y genealogía en la educación de las mujeres. *Revista de Historia de la Educación*, 26, pp. 27-37. (2018). Una década de publicaciones sobre Historia de las Mujeres (2007-2017). *Historia de la Educación*, 37, pp. 445-480. (2022) "Docencia en Estudios de las Mujeres. Un itinerario de logros y de ausencias", *RAUDEM. Revista de Estudios de las Mujeres*, 10, pp. 146-160.

² Ballarín Domingo, Pilar (1994). La educación contemporánea de las mujeres. En Jean Louis Guereña, Julio Ruiz Berrio y Alejandro Tiana Ferrer (Eds.), *Historia de la Educación en la España contemporánea. Diez años de investigación* Madrid: Ministerio de Educación y Ciencia, pp. 173-190. Rubalcaba, Carmen (1999). Historia de la Educación de las mujeres: Primera aproximación. *Revista de Historia*, 6, 95-110. (2009). Importancia de la inclusión de la historia de la educación de las mujeres en los planes de estudio universitarios, In *Historia de la Educación de las Mujeres. Cuadernos de Historia de la Educación*, 5. Murcia: Sociedad Española de Historia de Historia de la Educación, pp. 33-44. (2017). Iluminar las sombras y escuchar los silencios. eCO. *Revista Digital de Educación y Formación del Profesorado*, n.º 14, 14 pp. (2003) Robles Sanjuán, Victoria: La renovación historiográfica de la educación de las mujeres. Aportaciones a la historiografía de la educación, en *Etnohistoria de la Escuela. XII Coloquio Nacional de Historia de la Educación*, Burgos, Universidad de Burgos, SEHDE, pp. 1041-1052. Grana, Isabel (2004). La historia de las mujeres en España: líneas actuales de investigación. *Revista de Educación*, 334, 131-141. López, Oresta (2008). Educación y género en la historiografía educativa latinoamericana. *Anuario de Historia de la educación*, n.º 9, pp. 147-167. Benso, Carmen y González, Teresa (2007). *Bibliografía sobre historia de la educación de las mujeres en España. Historia de la Educación*, 26, pp. 483-517. Grana, Isabel y Rabazas, Teresa (2009). Reflexiones en torno al programa de la Historia de la Educación de las mujeres. In *Historia de la Educación de las Mujeres. Cuadernos de Historia de la Educación*, 5. Murcia: Sociedad Española de Historia de Historia de la Educación, pp. 45-60. Caldo, Paula y Sotomayor, Evelyn (2024). La historia de la educación de las mujeres y perspectiva de género: un balance a 30 años de los Congresos Iberoamericanos de Historia de la Educación Latinoamericana. *Historia y Memoria de la Educación*, 20, pp. 135-166.

historia de la educación de las mujeres y el trayecto recorrido, coincidiera con grandes cambios en tantos aspectos relacionados con la condición de las mujeres. En España experimentaron en poco tiempo una visible sacudida, tanto personal -decisiones autónomas sobre sí mismas-, como social -movimientos que reivindican, conciencias, alientan-, y política -legislación y nuevos organismos que las implementan-

Unas circunstancias que dan sentido y justifican el empeño de hacer visible el cómo y dónde han estado las mujeres en las prácticas formativas vigentes en los sucesivos periodos temporales. Los trabajos publicados aportan argumentos, explican actitudes, descubren antecedentes reconfortantes y generan conclusiones que pueden repercutir en los procesos educativos del presente con argumentos de respaldo. Divulgados en comunicaciones, ponencias, artículos en revistas nacionales e internacionales o en capítulos de libros y presentes en numerosas iniciativas culturales y en comisiones de transferencia a políticas educativas públicas, se avanzaba en la consolidación como una parte imprescindible de la historia.

Muy tempranamente, el profesorado de la Universidad de Santiago de Compostela, a quien correspondía organizar el *VI Coloquio Nacional Historia de la Educación* en 1990, ofreció a la Asamblea de la SHEDE la propuesta de trabajar sobre *Mujer y Educación en España, 1868-1975*. Una temática muy acertadamente razonada, estratégicamente coherente con inquietudes sociales y retos intelectuales del momento y que situaba el foco de la atención en uno de los mutismos que nuestra disciplina debía abandonar. Resultó muy bien acogida pues se entendía la necesidad de detenerse en lo acontecido respecto de la educación de mujeres en ese siglo de importantes transformaciones. Las setenta y seis comunicaciones presentadas demostraron el interés y el compromiso que había suscitado. Las conferencias de apertura y de clausura de las dos historiadoras, que ya entonces habían investigado sobre esta temática, ofrecieron un documentado marco contextual.

Pero no fue lo único. Nuestra Sociedad Española de Historia de la Educación, se mantuvo atenta y sensibilizada ante el movimiento con el que las mujeres vivían su propia transición, incluyendo el hacerse visibles en la ciencia. No quiso permanecer al margen y de cara a la reforma de los planes de estudio de los años noventa, introdujo la *Historia de la educación de las mujeres* en el listado de asignaturas llamadas a figurar en los que se aprobaran para la carrera de Pedagogía. Proyectaba así la postura intelectual honesta de quien sabe que un conocimiento más completo sobre la historia de la educación reclamaba llegar a esas zonas de la historia que permanecían veladas.

Comencé este tipo de docencia en el año académico 1987-1988 impartiendo un curso en el programa de doctorado del departamento con el título de "Metodología y Fuentes para la investigación histórica sobre la mujer". Compartí la experiencia de investigaciones iniciales con mujeres como objeto de conocimiento. Una, buscando confirmar lo publicado sobre las primeras licenciadas, que me había llevado a diferentes archivos.

Otra, para conocer el funcionamiento de los colegios de niñas de Sevilla utilizando la abundante documentación generada con motivo del Real decreto de 1902 sobre inspección de la enseñanza privada. La buena acogida del alumnado hizo que ofreciera cada año un nuevo curso referido a cuestiones histórico-educativas centradas en las mujeres.

En la universidad española no ha sido fácil introducir asignaturas referidas a la población femeninas. Se presentó la primera oportunidad en las directrices para elaborar los planes de estudios de títulos universitarios de un Real decreto de noviembre de 1987 que contemplaba “materias de libre elección por el estudiante en orden a la flexible configuración de su currículum” y ratificadas, con alguna modificación, en otro de junio de 1994. Permitían la docencia de nuevos contenidos que costaba integrar en los programas de las asignaturas establecidas. En Sevilla solicité una, *Historia de la educación de las mujeres*, que impartí desde 1995 hasta que, coincidiendo con el Plan Bolonia, el Rectorado dejó de publicar la convocatoria.

Años noventa, en los que esa reforma pendiente de los planes de estudios brindaba la esperanza de mayor estabilidad. Pero los debates que el proceso de distribución de créditos requirió mantener entre diferentes áreas de conocimiento y departamentos, hizo muy complejo el llegar a acuerdos. Eran muchas las asignaturas con voluntad de permanencia y muchas las candidatas a entrar. En la Facultad de Ciencias de la Educación de Sevilla, superada una larga e intensa negociación, se aceptó una asignatura optativa en la carrera de Pedagogía con la denominación de *Historia y desarrollo socioeducativo de las mujeres*. En paralelo, se conseguía la optatividad, igualmente, en otras seis universidades. Sin embargo, en la adaptación al plan Bolonia se redujeron a cuatro. En Sevilla se mantuvo, cambiando el título a *Desarrollo educativo y profesional de las mujeres*, por la negativa de la comisión de planes de estudio de la Facultad a aceptar el término historia.

Otras alternativas pasaron por introducir algunos puntos sobre la materia en los programas de asignaturas generales, previo consenso del profesorado que las impartía; una integración de contenidos que hemos visto crecer. Además, se organizaban actividades extracurriculares -durante unos años asignándoles créditos de libre configuración y después sin ellos-; se ofrecían cursos en los programas de doctorado y sugerencia de temas para las tesis, pues las fuentes eran abundantes y elaborarlas, defenderlas y publicarlas, se convertía en un valioso recurso para nutrir el conocimiento y despertar la curiosidad de un público más amplio.

Como asignatura figura también en los planes de estudios de varios másteres. En el de la Universidad de Zaragoza sobre Relaciones de Género, como obligatoria en la especialidad de Género y educación. En la Universidad de Granada, en el Máster en Educación Social, como optativa. En la Universidad Pablo de Olavide, en el Master de Género e Igualdad. En la Universidad de Sevilla en el Master en Estudios de Género y desarrollo profesional, con el título de *La experiencia femenina en educación: perspectiva histórica*. Y en másteres de otras universidades hay asignaturas que tienen en cuenta estos contenidos.

Es satisfactorio comprobar cómo se van integrando en la historia que transmitimos, pues a las razones científicas se une en las Facultades de Ciencias de la Educación el muy alto porcentaje femenino. Se debe, por lo tanto, atender la parte de la cultura y de la educación donde han estado las mujeres, con un análisis que no olvide el contexto social, las referencias ideológicas, los discursos normativos, las disposiciones legales o la pluralidad de prácticas utilizadas. La experiencia dice que alumnas, y alumnos responden con aceptación a unos conocimientos que les muestran la participación, o la ausencia, de mujeres en los procesos educativos; que cualquiera de esas dos realidades afecta a sus vidas, por las raíces de las que proceden; ellas, en directo, ellos, vicariamente.

La conformidad institucional al carácter de disciplina académica se confirmó en una oposición a cátedra de universidad con el perfil de *Historia de la educación de las mujeres* convocada en la Universidad de Sevilla, a la que pude presentarme en 1998. El departamento de Teoría e Historia de la educación y Pedagogía social lo había propuesto al solicitar la plaza, recibiendo la aprobación del Rectorado. Muchas veces he comentado el agradecimiento por el apoyo a esta propuesta de novedad en la Facultad de Ciencias de la Educación; y en las décadas posteriores al respeto y reconocimiento a la labor académica que realizaba en este ámbito de conocimiento que seguí recibiendo.

Ser la primera vez que dicho perfil formaba parte de una oposición significaba no disponer de referencias anteriores que pudieran orientarme en la elaboración de la memoria. Requerí un quehacer intenso de lecturas, documentación, consultas y ayudas. Me exigió poner orden en lo elaborado hasta entonces para presentar a mis estudiantes la asignatura que impartía, entonces en la modalidad de libre configuración. Ampliar considerablemente lo aprendido y organizarlo fue un esfuerzo que tuvo su recompensa.

Recuerdo mi afán por destacar todo aquello que justificara la existencia de la asignatura, pensando en un posible tribunal constituido por personas ajenas a la temática, si no reacias a un tipo de novedades vinculadas al feminismo. Me esmeré en reunir información sobre la presencia de contenidos vinculados a *Estudios de las Mujeres* en las universidades norteamericanas y europeas; en avalar con publicaciones de autorizadas expertas, los principios científicos; en reflejarlo en un temario que diera fe del bagaje de conocimientos con el que ya contábamos.

Una segunda cátedra de universidad con el mismo perfil se convocó en el año 2008 en la Universidad de Granada. En el momento que escribo, me parece que no existe este perfil en ninguna cátedra, debido a la condición de jubiladas de las dos profesoras.

5. Temáticas que me han ocupado

La práctica docente fue dejando el espacio que debía tener la actividad investigadora en diferentes aspectos

de la educación y vida de las mujeres. La constancia en alguno de ellos es evidente en mis publicaciones, otros los he tratado con relativa frecuencia, y no faltan aspectos a los que me he acercado en momentos puntuales al hilo de solicitudes, congresos, monográficos de revistas o intereses de coyuntura. Las mujeres en la universidad y en las escuelas normales, han sido dos líneas de investigación prioritarias a lo largo de todo mi recorrido académico. No pocos de mis trabajos se refieren al protagonismo y aportaciones de mujeres en espacios educativos, a la resonancia de su actividad dentro y fuera de las aulas, a la formación de maestras, a sus aportaciones durante la actividad profesional como innovadoras de metodologías, autoras de manuales escolares, impulsoras de obras paraescolares, involucradas en distintas iniciativas sociales y activas en asociaciones profesionales, en revistas, congresos, viajes o ateneos, creando redes que potenciaban sus presencias públicas, creadoras de un pensamiento pedagógico elaborado desde la práctica. Realidades también presentes en las profesoras de Escuelas Normales, en las directoras de esos centros y en las Inspectoras de enseñanza primaria; éstas dos últimas, estrenando competencias directivas y reconocimiento de autoridad en la estructura organizativa de la enseñanza del Estado. Son muchas las educadoras de las que se han elaborado interesantes perfiles biográficos.

Sin embargo, el que más producción ha generado es el relativo a alumnas y profesoras universitarias, así como a las profesiones ejercidas por las licenciadas. He contado en varias ocasiones que el origen de mi interés por las primeras mujeres matriculadas en la universidad fue a mediados de los años ochenta, viendo en casa de unas amigas el libro *La mujer en España. Cien años de su historia, 1860-1960*, publicado en 1964 por la condesa de Campo Alange. A pesar de su gran formato, de casi cuatrocientas páginas y teniendo que llevarlo a otra ciudad, pedí que me lo prestaran, pero terminé recibéndolo como regalo. Me faltó tiempo para leer un texto claro con ilustraciones y fotografías. Lo que no esperaba era encontrar los nombres de las diez licenciadas españolas en España antes de 1900. En los Archivos Histórico Nacional y General de la Administración comprobé que algunos correspondían a hombres, pero me comentaron que había otras mujeres licenciadas en esas fechas; pista que decidió el tema que iba a investigar. Unos años de viajes a archivos de las diez universidades entonces existentes, a otros archivos, bibliotecas y hemerotecas, que hicieron posible el libro *Las primeras universitarias en España* y numerosos artículos y capítulos sobre distintos aspectos de su vida estudiantil, profesional y personal; temáticas que no he abandonado y a las que se ha sumado la compañía de numerosas contribuciones realizada dentro y fuera de la historia de la educación.

Recuperar nombres y trayectorias femeninas, individuales o formando parte de un grupo, actoras en la historia de la educación desde un modo de hacer en las aulas que fue decisivo en el desarrollo de las alumnas, a las que transmitían un modelo distinto de identidad femenina. Importantes contribuciones que habían pasado desapercibidas, por suponerlas de menor valor que las realizadas por hombres.

Leer con detenimiento la legislación educativa me asomó a los criterios que numerosas normativas

incorporaban de desigualdad de las mujeres; a detectar intransigencias, requisitos que limitaban la libertad femenina para elegir estudios o para ejercer las profesiones correspondientes con la formación adquirida. Una lectura diacrónica de las disposiciones sobre educación, permite comprobar la evolución aceptada por los gobiernos en cuanto al lugar de las mujeres en los diferentes niveles de enseñanza: la libertad de acceso, los conocimientos de aprendizaje, el refrendo legal de lo estudiado y de su reconocimiento para el ejercicio profesional.

Otro de los temas estudiados ha sido la enseñanza escolarizada para las niñas, una incesante reivindicación femenina, al menos desde finales de la Edad Media. Asomarme a los datos que reflejan el itinerario de su incorporación a los procesos educativos escolarizados, su paso por los diferentes niveles de enseñanza, ha proyectado luz sobre situaciones menos uniformes y sesgadas de lo que solía afirmarse, con efectos determinantes e irreversibles en la vida de muchas; y sobre lo impreciso de relatos que generalizaban la uniformidad de características y de destino, obviando la distancia entre ideales propuestos y decisiones personales, o entre las normas dadas y las prácticas individuales. Su presencia mayoritaria en el sistema educativo es un hecho, aunque no hayan desaparecido aspectos que debilitan algunas de sus posiciones.

Por eso, he observado los mecanismos de desigualdad no eliminados dentro de la enseñanza; publicando algunos textos con reflexiones y propuestas sobre coeducación -no enseñanza mixta-; un procedimiento metodológico que afecta a objetivos, actitudes, programas, profesorado, etc., y es respuesta al compromiso de carácter ético de una historia no ajena a las consecuencias sociales que se derivan de los temas estudiados. Lo he entendido como transferencia pedagógica y didáctica de experiencias contrastadas en los procesos histórico-educativos acerca de identidades dicotómicas, pautas de segregación escolar, alumnos que comprobaban la importancia de su sexo y alumnas sin referentes valiosos del suyo.

Son parte de las temáticas que me han ocupado con mayor o menor amplitud y a las que se ha dedicado igualmente profesorado de historia de la educación, ofreciendo interesantes y valoradas publicaciones disponibles para ser utilizadas en la docencia. Una variedad de trabajos personales y de muchas otras autoras, que se inscriben dentro de la historia de la educación, la historia de la pedagogía, la historia de las instituciones escolares, y de otras formulaciones que remiten a las numerosas propuestas disciplinares del panorama histórico-educativo.

6. Un modo de hacer investigación

Como en otras disciplinas, los itinerarios de esta investigación histórico-educativa han ido cubriendo diferentes fases. Una primera, de larga tradición, centrada en mujeres con relevancia en su época y ambiente por haber realizado actividades masculinizadas. A estas *mujeres notables* que aparecían en manuales

generales de la disciplina, quisimos añadir otras con ciertas condiciones de singularidad en el mundo de la educación. Estudiadas en razón de capacidades que, por el ambiente familiar, el contexto cercano, las relaciones, el reconocimiento ganado y algún otro motivo, se hicieron un hueco en el mundo público, aunque su memoria se borrara tras el fallecimiento. Un modo de hacer historia que ha servido de rastro hacia la presencia de otras que no desmerecen el canon histórico al uso.

Paralelamente, estudios que requerían la consulta prioritaria de fuentes oficiales -de archivo, legislativas y estadísticas- en investigaciones de carácter neopositivista y descriptivo, sobre alumnas en los diferentes niveles de enseñanza, tipo de estudios elegidos y rendimiento logrado. Quizás lo inesperado de su presencia, o quizás la irrelevancia adjudicada, hizo que las series estadísticas del organismo ministerial correspondiente no las incluyeran durante varias décadas. Este silencio requirió búsquedas pacientes en fuentes diversas y no uniformes, las cuales proporcionaban información básica sobre datos directos de mujeres matriculadas para proceder después al análisis, interpretación y repercusiones.

He sido de las investigadoras a las que ha causado sorpresa encontrar en los archivos más datos de los que esperaba. La confundida creencia de que las mujeres no habían estado en los lugares que dejan huella documental, me llevaba a pensar que los temas que iban despertando mi curiosidad tendrían poco recorrido. Localizar fuentes y documentación, volver a lecturas que, anteriormente, no se habían detenido en las mujeres, desmintieron mi punto de partida.

Los acercamientos a cada realidad que se investiga parten, en sus inicios, de unos conceptos previos, de pautas de observación y de criterios interpretativos que van suscitando preguntas. Acciones que nunca han sido uniformes como demuestran las investigaciones que revisamos diacrónicamente, donde ciertos resultados cambian con el tiempo debido a diferentes condiciones científicas o hechos sociales. En mi caso me he movido en el marco teórico y metodológico proporcionado por la historia de la educación, con las sucesivas incorporaciones de los modelos de la historia social, cultural, etnográfica, giro lingüístico, biográfico y otros, junto a criterios utilizados en los Estudios de las mujeres; propuesta epistemológica donde las mujeres son objeto de estudio y sujetos históricos. Un camino que cuestiona algunos de los paradigmas al uso e incita a revisiones disciplinares; lo estamos viendo en la historia de la educación.

En los resultados de la historia contributiva se constató el ambiente androcéntrico en el que aquellas mujeres se habían movido y la urgencia de proyectar una mirada crítica a los datos y a las situaciones descubiertas en los documentos. Quisimos indagar cómo la diferencia sexual había sido una excusa para la construcción socio-cultural de la desigualdad y acudimos a la categoría de análisis denominada género. Al utilizarla, no solo se pretendía poner el foco en las mujeres, sino orientar el estudio hacia los efectos de la posición ocupada por ellas en las relaciones entre los sexos. Aportaba claves imprescindibles para comprender y explicar unos

itinerarios educativos marcados por supuestos sociales y culturales idénticos, sin atender a lugares, culturas o grupos de procedencia. Una categoría y una perspectiva nacidas en el feminismo académico que, por su apariencia neutra, alejadas de posiciones ideológicas concretas, gozaron de buena acogida. Pero aplicadas frecuentemente sin la carga crítica que el feminismo les había impreso; añadidas, sin más análisis, a títulos de proyectos y publicaciones.

La ciencia había trabajado con un objeto y un sujeto masculinos; ciencia aplaudida, pero no objetiva ni neutral al pensarse desde las posiciones sociales de quienes la elaboraban. De ahí la propuesta de la epistemología feminista -en el sentido de estrategias metodológicas seleccionadas-, de reconocer que el sujeto es relevante en la creación de ciencia, que todo conocimiento es situado, además de reivindicar un espacio para las mujeres. De acuerdo con esta postura, para una mayor precisión en los análisis, incorporamos lo que se conoce como el *punto de vista*, el tener en cuenta y explicitar desde dónde se observa el objeto de estudio, los substratos ideológicos y los valores implicados.

Articular los diferentes caminos de la ciencia histórica nos ha hecho profundizar en relatos elaborados con una modalidad interdisciplinar, acudiendo a contrastes filosóficos, científicos, religiosos, socio-políticos económicos o culturales. Con la finalidad de tener una historia sin sesgos androcéntricos, donde se hable de itinerarios, comunes o separados, de mujeres y de hombres en la educación, integrados en la historia general, no solo añadidos.

7. Qué historia de la educación de las mujeres

El área de historia de la educación, como otras, necesitaba incorporar esa otra parte de la humanidad sobre la que no investigaba; innovar con la presencia de las mujeres en los procesos educativos y de enseñanza. Adapto, a este respecto, lo afirmado por la historiadora norteamericana Joan Kelly en 1976 diciendo que la historia de la educación de las mujeres tiene un doble objetivo: devolver la educación de las mujeres a la historia y devolver la historia de su educación a las mujeres.

Ha ganado legitimidad académica el integrarlas como estímulo a nuevas metas en el propio saber. Y los resultados que se van obteniendo sobre un elenco de temas, mayoritariamente de los siglos XIX y XX, pero no solo, han sido objeto de publicaciones que han desvelado informaciones de interés, clarificado el sentido y procesos de cómo se pensó la educación de las mujeres históricamente, cómo evolucionó el modo de plantearla, qué significó para las mujeres y qué consecuencias para la sociedad.

Investigaciones que llenan las numerosas lagunas existentes, desvelando acciones, saberes y experiencias apenas conocidas que entren a formar parte de la historia de la educación de acuerdo con su diversidad en cada periodo temporal. Los trabajos realizados, el consenso sobre su necesidad y el cómo se trasladan los

resultados a la docencia, son una buena base para pensar que ha dejado de ser una cuestión marginal y minoritario en España y también en otros países.

La voluntad, dedicación y constancia de quienes trabajan en este ámbito del conocimiento, ha demostrado que era un proyecto con gran margen de desarrollo en cuanto a temas, a resultados y a medios para divulgarlos. Me atrevo a hacer un balance positivo de lo realizado hasta ahora.

Mi postura ha sido la de transmitir un relato que no termine en victimismo, en mujeres sometidas, todas y siempre; sin ocultar a las muchísimas que fueron heridas por los impedimentos y censuras de un orden de funcionamiento desigual, merecedoras de una justa memoria, podemos hablar de aquellas que sortearon las restricciones hacia la instrucción deseada, que pudieron reaccionar como sujetos activos ante normativas y costumbres que las desconsideraban.

Sigo optando por hablar de educación de las mujeres y no de educación y género, ya que éste las esconde en un concepto explicativo que desvía la mirada, que sustituye con demasiada frecuencia a los términos sexo o mujeres; o se usa nominalmente en escritos y discursos, sin vincularlo con la dimensión crítica original. No comparto todo lo que signifique invisibilizar a las mujeres. Me decanto así por la práctica de las académicas francesas, y después las italianas, de referirse a historia de las mujeres, esquivando el uso de historia de género, nacida en círculos universitarios ingleses y americanos. También normativas emitidas por organizaciones de carácter nacional e internacional impulsaron la utilización del género, como categoría muy útil para entender ciertas cuestiones y circunstancias históricas, evitando que las mujeres fueran únicamente un añadido de datos, en nuestro caso a la historia de la educación. Sin embargo, la pluralidad de significados adquiridos posteriormente me lleva a evitar su utilización cuando el objeto del discurso son las mujeres.

8. Cuando el pasado es promesa

Tanto la historia colectiva, como la personal, actúa de señuelo que atrae y, a la vez, orienta el cómo estar en la época que nos ha tocado vivir. Es transversal en nuestra biografía, escenario donde van discurriendo los sucesivos actos del libreto que somos capaces de interpretar. Pasadas tantas décadas de mi vida, no son pocos los recuerdos, cuidadosas las reflexiones, innumerables los agradecimientos, medidos los logros y asumidos los límites. Pero con la satisfacción de haber formado parte de un proyecto colectivo, donde la pluralidad ha sido riqueza y las diferencias contraste. Creo haberme movido en el respeto a la pluralidad de ideas y de planteamientos; cómoda en el compartir con modos distintos de acercarse y de fortalecer la realidad educativa de las mujeres.

Los temas a los que me he dedicado se han beneficiado no solo de lo producido dentro de la Historia de la educación, sino también de las redes de Estudios de las Mujeres; en ambos casos influencias que han sido imprescindibles para ampliar conocimientos y mejorar en la investigación y en la docencia. Tarea que siempre

he vivido como algo más que un deber académico, eso que sucede a quienes añadimos mucho de apuesta afectiva y de hipoteca de energía personal.

Unida a otras historiadoras de mi generación y más jóvenes, he compartido el interés intelectual por la historia de la educación de las mujeres, en reuniones, seminarios, jornadas, congresos, docencia, investigaciones, publicaciones. Hemos tenido muchas ocasiones de transferir todo lo que supone esta inquietud intelectual y personal, en colaboraciones con organismos públicos, hablando y compartiendo con grupos sociales muy diversos, interviniendo en medios de comunicación. Todo lo que es necesario para contrarrestar la imagen de la historia como prescindible en una sociedad donde parece importar solo el presente.

Sigo implicada desde mi situación de jubilada e investigadora honoraria de la Universidad de Sevilla, en el proyecto académico de avanzar en una historia de la educación más inclusiva en los programas de aprendizaje que se ofrecen en las Facultades de Educación. Cada vez más alumnas y profesoras se niegan a estar en las aulas únicamente como receptoras y como repetidoras de contenidos que no las incluyen; quieren escuchar y hablar de saberes donde aparezcan. Es muy difícil de entender hoy un estudio histórico sin mujeres, de ahí que los centrados en la educación lleven varias décadas saldando la deuda acumulada. Así lo hacemos en la Sociedad Española de Historia de la Educación impulsando un modelo de racionalidad que admite dos voces, adapta criterios de lectura y de interpretación, localiza la agencia femenina en muchos más espacios de los esperados, confirmando no solo limitaciones, también posibilidades.

Como en otras disciplinas históricas, conocer el pasado, aquí de la educación y circunstancias de las mujeres que nos han precedido, ayuda a entender mejor situaciones e interrogantes del presente, a explicar desigualdades y descubrir logros, a enlazar experiencias que, por discontinuas, habían caído en la irrelevancia; en definitiva, la oportunidad de despertar una conciencia histórica crítica.

Son muy abundantes los trabajos publicados acerca de la educación de las mujeres desde mediados del siglo XIX y hasta la transición democrática de los años ochenta del XX. Sobre maestras, escuelas normales, inspectoras, universitarias, escuelas y colegios para niñas, autoras de libros de educación y de textos escolares, presencia en asociaciones profesionales, las iniciativas de mejora impulsadas por organismos públicos e instituciones privadas, los compromisos sociales y políticos que asumieron y sus consecuencias. Estos, y muchos más, forman un abanico de temáticas con fuentes, documentación y bibliografía disponibles para la docencia, además de un profesorado con estupenda preparación para transmitirlos en las aulas universitarias. Las mujeres han entrado en la disciplina de historia de la educación gracias a quienes se dedican con ánimo a esta línea temática y la cultivan con acierto.